



EL TEATRO TAMBIÉN SE LEE

Las semanas que separaban los finales de junio de la fecha de las vacaciones eran un período peculiar de mi infancia. A caballo entre nada y el todo, mi obligación era inventar algo y lograr que pasasen volando. La playa, la pandilla, dormirse oyendo el mar estaban a la vuelta de la esquina, pero había que llegar a ella.

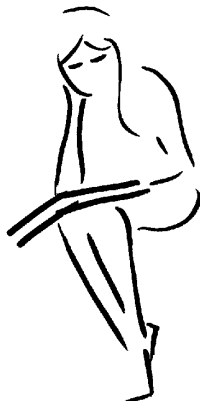
Soy lectora desde que aprendí a leer. Cuando digo lectora me refiero a sentir tanta curiosidad como amor por los libros. Un libro y una caja de bombones. Gran tarde de niña. Un libro y una cafetera. Gran tarde de adulta.

Mi estrategia para acortar esa quincena fatídica se apoyaba, sobre todo, en una desaforada actividad lectora empedrada de otras actividades. Hacerme una bola enorme de mercurio a base de romper uno tras otro los termómetros de la casa, partir almendrucos con una piedra en el suelo de la cocina hasta que los del segundo daban con el palo de la escoba en el techo, montarme coreografías de ballet que hacían temblar los jarrones e ir con mi madre “de rebajas” perdiendo, año tras año, la negociación del ansiado “Jantsen negro de gomitas” que ella consideraba impropio de una niña.

La biblioteca de mis padres se extendía por toda la casa. La librería del “cuarto de estar” —en realidad se trataba del “cuarto de ser” de mi madre— concentraba lo mejor. Todo, menos *Sinué el egipcio*, me estaba permitido.

Aquel verano tuve una inspiración feliz: pedí sustituir a la persona que atendía la puerta durante el horario de consulta de mi padre y me fue concedido. Me hice con la libreta donde figuraban las horas y los nombres de los enfermos y me tomé a rajatabla hacer de recepcionista y lograr que no se me colase nadie. De cuatro a nueve de la tarde el *ball* de Sagasta era mío.

El problema que se me planteó fue el de la elección del libro que entretuviese los tiempos de espera. Descartada cualquier lectura infantil que menoscabase la autoridad que debía revestirme en mi puesto de trabajo, se imponía un libro en piel; y más que uno, varios libros en piel que hiciesen ver a los pacientes con quien estaban tratando. De los “aguilares” de mi padre, la colección de Teatro Completo resultaba perfecta. El tamaño octavo, el verde esmeralda de la piel, se avenían perfectamente con una recepcionista de ocho años con trenzas. Los cuatro volúmenes del Teatro Completo de Carlos Arniches pasaron a brillar sobre la mesa de la entrada. Daban la nota de color entre los muebles *remordimiento* que la guarnecían. Encaramada al sillón castellano, clavándome en la coronilla los mártires tallados que adornaban el respaldo, apoyaba el libro en la garra izquierda y descubría la fascinación de asistir a una



representación. Los sainetes caían uno tras otro. Me reía sola. Desde la puerta del pasillo oía la voz de mis hermanos mayores. Me espiaban por la rendija “mírala, mírala, se troncha ella sola”.

Ring, ring, ring. “Buenas tardes”, ¿por favor me pueden decir su nombre y a qué hora estaban ustedes citados? “Uy que rica, tu debes ser la pequeña del doctor ¿verdad?”

Despachaba las conversaciones con profesionalidad pero a todo correr para volver al *Santo de la Isidra*, al *Amigo Melquiades*, a *La piedra azul*...

Cuando la puerta del despacho se abría saltaba del sillón marcando la página con la guía de lectura verde, y daba escolta hasta la puerta. “Adios, buenas tardes. Hasta pronto”. “Pero que mona eres, ya nos ha dicho tu papa que además eres bailarina. El próximo día te traeremos bombones”. “La fetén de la chipén”, pensaba yo para mis adentros enfrascándome en el libro. Fue el verano en el que mas rápido se pasaron las semanas. Todas las tardes, teatro. Porque esa lectura tenía para mi voces, actores, maquillajes, focos, candilejas y concha de apuntador. Mi padre era médico de la Sociedad de Autores y yo estaba familiarizada, desde dentro, con el mundo del teatro y con sus fascinantes gentes. *El Español* y *la Zarzuela* no tenían secretos para mi. Los actores eran mis amigos y jugaban a tratarme de tu a tu porque mi afición al ballet me otorgaba cierto marchamo de artista. Según ellos yo “tenía tablas” y poseía “vis comica”. Descubrí aquel mes de julio que teatralizar la lectura de una obra me resultaba tan fácil como imaginar una coreografía mientras escuchaba música. Se trataba de transcribir en acción. Ese verano llegué al mar con ese nuevo secreto descubierto.

No podría precisar en que año se representaron *Los Caciques* en el María Guerrero con decorados de Antonio Mingote, pero allí estuve el día de la primera representación. La magia de una noche de estreno se vió en aquella ocasión centuplicada cuando al iniciarse la obra empecé, sin darme cuenta, a oír el eco de mis voces del *ball* interpretando el texto. Lo recordaba de memoria. Me veía encaramada en el sillón frailuno, con un vestido de *vichy* de cuadraditos rojos y blancos, soplándome el flequillo para que no me molestase al leer y mascullando mientras me defendía a patadas de mi hermano cuando su hostigamiento verbal pasaba de la rechifla por el quicio de la puerta a la rápida avanzadilla para un tirón de trenzas “¿Pues que quería usted, zarandearme la masa pilosa y que permaneciese estática?”. ■

María Luisa López Vidriero
Directora de la Real Biblioteca